

# EASTER'S WITNESS TO LOVE THAT OVERCOMES EVIL



GETTY IMAGES

**D**ear Readers and People of Good Will:

During this Easter Season, in the face of the many tragedies we experienced in recent years, months, weeks and days, I understand even more strongly the suffering and death of Our Lord Jesus Christ as an Icon of all human suffering. His holy face on Good Friday bears the stains of the blood of Abel, the first victim of a homicide. The scars of the crown of thorns resemble those of innocent victims of every kind of crime. The agony of every broken human heart is seen on the very face of God.

I write of this now, at Eastertide, because in the face of these many recent tragedies that we have witnessed, we have seen as well endless outpourings of sincere compassion. These tears and acts of human tenderness accompany, console and reassure the grieving that their pain is not carried alone.

Such was the case, as well, at the foot of the Cross with Mary, the Mother of Jesus and

Saint John and Saint Mary Magdalene and Saint Joseph of Arimathea; grief was overwhelming, but compassion was not wanting. Even the soldier who witnessed the death of Jesus was overcome with emotion and blurted out, "Surely, this was an innocent man!"

It was that innocence that was the hallmark of Jesus' humanity and divinity; he is one like us in all things but sin. "When he was insulted, he did not counter with threats, but delivered himself up to the One who judges justly" (1 Peter 2:23). This is a holy passing-over that overcomes the illusory power of evil. This is the transforming power of the presence of God who raised up Jesus on the third day.

Easter's witness to hope, Easter's witness to faith, Easter's witness to a love that overcomes the power of evil is seen in the holy face of Jesus who overcame the power of death and shows humanity the way to life. May this Easter be a passing-over to a new beginning that transforms the face of sorrow into the face of God. ■



*Bishop Peter A. Libasci is the Tenth Bishop of the Diocese of Manchester.*

# TESTIGO PASCUAL DEL AMOR QUE VENCE AL MAL

**E**stimados Lectores y Personas de Buena Voluntad:

Durante este tiempo Pascual, frente a las muchas tragedias que hemos experimentado en los últimos años, meses, semanas y días, entiendo aún más profundamente el sufrimiento y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo como un icono de todo sufrimiento humano. Su santo rostro en Viernes Santo muestra las manchas de la sangre de Abel, la primera víctima de un homicidio. Las cicatrices de la corona de espinas se asemejan a las de víctimas inocentes de todo tipo de crímenes. La agonía de cada corazón humano roto se ve en el mismo rostro de Dios.

Escribo sobre esto ahora, en Tiempo Pascual, porque frente a estas muchas tragedias recientes que hemos presenciado, hemos visto una infinidad de sinceras muestras de compasión. Estas lágrimas y actos de ternura humana acompañan, consuelan y nos reafirman que el sufrimiento que conlleva el dolor no es cargado a solas.

Tal fue el caso, también, al pie de la Cruz con María, la Madre de Jesús con San Juan, con Santa María Magdalena y San José de Arimatea; el dolor era abrumador, pero la compasión no estaba ausente. Incluso el soldado que presencié la muerte de Jesús estaba abrumado por la emoción y exclamó: “¡Sin duda, este era un hombre inocente!”

Esa era la inocencia que era el sello distintivo de la humanidad y divinidad de Jesús; él es uno como nosotros en todas las cosas excepto el pecado. “Y cuando Lo ultrajaron, no respondió ultrajando. Cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a Aquél que juzga con justicia” (1 Pedro 2:23). Esta es una santa caída que vence el poder ilusorio del mal. Este es el poder transformador de la presencia de Dios que resucitó a Jesús en el tercer día.

El testimonio Pascual para la esperanza, el testimonio Pascual para la fe, el testimonio Pascual de un amor que vence el poder del mal se ve en el rostro sagrado de Jesús que venció el poder de la muerte y le mostró a la humanidad el camino a la vida. Que esta Pascua sea una transición a un nuevo comienzo que transforma el rostro del dolor en el rostro de Dios. ■